

Quijote de la ley de la Constitución

El Mariscal Domingo Nieto

Escribe Juan José Vega.

Amo a mi patria, más *"que un joven loco a su querida"*, expresó alguna vez un elegante alférez de montoneras que llegaría a Mariscal del Perú a los 39 años, tras varias victorias y heridas y luego de jugarse la vida en innumerables ocasiones. Don Domingo Nieto Márquez es, por varias razones, nuestro personaje de la fecha.

El vizconde de Sartiges, un culto viajero francés, de paso por el Perú en 1834, escribió: *"simple soldado en un principio, era por su valentía que Nieto había llegado al grado de general de división se citaba con elogio su lealtad y la firmeza de su carácter"*.

Una vida hazañosa

Flora Tristán, escritora franco-peruana, que no lo quería mucho, dijo que Nieto tenía *"los aires de un Murat en su caballo negro"* comparándolo con el bravísimo jefe de la caballería napoleónica quien galopaba -Rey de todo- al frente de sus jinetes siendo el primero en los choques, así como Nieto lo fue en *"Tarqui, al atravesar con su lanza al hercúleo Camacaro; episodio que consta en el parte de Mariano Necochea, General en jefe de aquella campaña contra la Gran Colombia"*. Ímpetu éste que Nieto habría de mostrar infinidad de veces, como durante la batalla de Agua Santa, cuando, herido y derribado del caballo, logró recuperarse, entonces, vendado y sangrante, ganó el campo. Decidió así la victoria de las banderas de la Constitución de 1834, las que enarbolaría indeclinablemente.

Igual coraje mostraría al asaltar un navío, él solo con un par de pistolas; ocurrió cuando Salaverry pretendió exiliarlo; o al dominar, él solo, un motín en los castillos del Real Felipe, fortaleza que había contribuido a ganar cuando el segundo asedio, el de Simón Bolívar. Todas estas hazañas no son novela, ni Historia Oficial. Se escribieron con sangre y constan a veces en libros europeos de aquellas épocas convulsas.

Nieto -que había nacido en 1803- empezó a pelear por la Independencia a los 17 años, cuando dejando de lado comodidades solariegas de su Moquegua natal se integró a las montoneras patriotas de negros, indios y criollos que formara en la costa sur Guillermo Miller, un valentísimo inglés que combatía por la emancipación de América. Con él ganó a los virreinales los combates de Mirave y Calera. Fueron sus primeros laureles. Por entonces San Martín aún no había jurado la Independencia, y pocos criollos alineaban con la causa patriota en Lima.

En Junín y Ayacucho

Nieto participó con bravura en las trágicas Campañas de intermedios. Más tarde volvería a ver el fuego en el triunfo de Zepita. Luego se presentaría a Simón Bolívar a fin de otorgarle su concurso. En Junín se dedicó con la impetuosidad de los Húsares del Perú, entre los cuales militaba. Por esos días había llegado a ser edecán del General La Mar. Nuevamente con el gringo Miller, nuevo jefe de toda la caballería peruana, y con José María Córdoba, General grancolombino adalid del ataque decisivo, ayudó a ganar el triunfo de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824. Nieto, capitán de 24 años, siguió en la brega, pasando entonces a pacificar a los recios iquichanos, aquellos indios huantinos que se empeñaron en defender la causa del Rey de España.

Contenidos los guerrilleros quechuas virreinales, Nieto fue llamado para una contienda que tal vez no vio con agrado; la invasión de la Gran Colombia por el Perú. Era fama que profesaba *"un imperturbable amor a la causa de los Americanos"*. No obstante, su nombre brilla cada vez más aureolado, en medio de esas "jornadas fangosas", tal como las definiera el historiador Riva Agüero. Fue protagonista del único hecho memorable de esa contienda, el mencionado duelo con el bravo Camacaro.

Nieto poseía además un mérito excepcional. Era un noble, un aristócrata vinculado al Marquesado de Alastaya. Sin embargo, al sacudir a América la oleada emancipadora, se identificó decididamente con las nuevas ideas para forjar la República. Abandonó blasones, y aunque recibió como pasó indignidades, jamás decayó su fe en la Patria. Además, fue de los peruanos que se decidió a proseguir la guerra por la Independencia en los inicios de 1824, cuando su clase social,

casi íntegra, desertó contra Bolívar y pasó a dar respaldo al rey Fernando VII y a la Santa Alianza en Europa, esa coalición hiper-reaccionaria. Tenaz vivió sus empeños *"Mi pasión irresistible es la gloria, a la que no puede llegarse sino por la sumisión y amor a las instituciones"*.

Adelantándose en mucho a la época, aspiraba al respeto de la ciudadanía; anheló la venia de *"la opinión, esa deidad inexorable"*. Y sus soldados lo conocían en su firmeza. Una vez les expuso: *"Venceréis o moriremos juntos"*. Hombre de caballería, alguna vez brindó por su *"adorado cuerpo de Húsares"*.

"Pobre patria... "

Celoso de las fronteras, Nieto expresaría sentimiento en torno también al civismo. *"Mire Ud. a esta pobre Patria que ha sufrido tanto y que no es posible hacerla sufrir más por aspiraciones vergonzosas"*, le contesta por carta al General Agustín Gamarra, que pretendió inducirlo a derribar al Presidente General Orbegoso. *"Yo sigo la causa de la ley y de la voluntad general"*, le precisó con su habitual firmeza.

En los complicados tiempos de la confederación Perú-Boliviana (buen proyecto, pero perturbado por diferencias raciales y culturales en el seno del Perú), Nieto trató de equilibrar situaciones al ver al pueblo de Lina en las calles. El propio General Morán (el valiente que se recuerda en la "Marcha Morán", que hasta hoy se toca) se negó a actuar contra la multitud y se retiró con sus tropas. Y tampoco Nieto invadió Bolivia en 1841, pero estuvo entre los primeros en nuestra frontera para contener al ejército boliviano que ocupó Puno tras el desastre de Gamarra en la batalla de Ingavi.

En el Escalafón

Nieto rechazó el más elevado cargo en el Ejército, que le ofrecía Salaverry. Lo hizo por no estar de acuerdo con su inconstitucional pronunciamiento contra el Presidente Orbegoso; y a éste devolvió un ascenso a General de División, por considerar que por Reglamento le tocaba a otro, agregando palabras que el General Víctor López Mendoza recordara hace pocos lustros en la Revista Militar: *"No puede convenirse mi patriotismo con que se premien, al igual de servicios prestados para la independencia del país, los esfuerzos consagrados al triunfo de una lucha fratricida, y que con esta asimilación se brinde una especie de premio a cuanto ambicioso quiera trastornar el orden establecido y entrar en la funesta carrera de las revoluciones"*.

En esa época ya había declinado su postulación a la Presidencia, para favorecer al constitucionalista Orbegoso y más tarde se le vería declinar a la Presidencia del Estado Sur-Peruano ofrecida por Agustín Gamarra, cuando éste era todavía aliado de Santa Cruz.

Pero quizás algunas veces exageró sus virtudes cívicas, limitándose para la acción.

Su lamentable final

Nieto, ya Mariscal de Agua Santa (1842), dejó de existir tempranamente en el Cusco, el 17 de febrero de 1844, al parecer de un ataque hepático. Dejó viuda en la pobreza, con varios hijos. Tenía cuarenta años y ya presidía la Junta Revolucionaria del Sur. Otra vez guerreaba en pro de la Constitución y contra el dictador General Vivanco, quien exigiera el indignante juramento cesáreo al Ejército. Seguían a Nieto, Ramón Castilla y otros relevantes jefes del ejército en el cargo N. J. Chocano, vocal de la corte, dignísimo jurista. Circularon rumores de que a Nieto lo habían envenenado, los que recogió su contemporáneo el sabio inglés Clements Markham. Debía dinero. Legó su único tesoro, dos caballos, a Castilla. Sabemos que no se equivocó cuando dijo, acicateado por sus enemigos: *"Bastante rico me conceptuaré si la envidia y la calumnia no me han robado el aprecio de mis conciudadanos"*.

Comentando su breve vida tan hazañosa y de tantas virtudes, Jorge Basadre escribió: *"Sin ser doctrinario, sentía una mística reverente ante las grandes palabras con mayúscula: Libertad, Independencia, Constitución, Congreso... Nieto representa, en la turbulencia de la afirmación de la República, la serena adhesión a las instituciones fundamentales que hagan posible la viabilidad de nuestra existencia como nación"... "es figura que disuena en el panorama convulso de esas épocas lamentables y sombrías"*. Más rotundas son aun las expresiones de otro gran historiador de aquellos años, Rubén Vargas Ugarte, quien lo llama *"el Boyardo del Perú, que*

nunca desenvainó su espada sin razón y justicia y no se manchó vertiendo sangre inocente". Era -dice- de "proverbial hidalguía y denuedo y arrojo".

Los cobardes y los cínicos lo zaherían a media voz, tildándolo de "*Quijote de la Ley*" y de "*Mariscal Grecoromano*", por su cultura y por su respeto a los valores éticos. No sabían que la posteridad recogería ese calificativo como el más puro elogio del emblemático guerrero que leía a Marco Aurelio y peleaba como el Cid.

Diario La República, domingo 9 de abril de 2000, p. 29.